

EL CASO LEZURRIETA

Primera edición: noviembre de 2017

© 2017, José Luis Vélaz Negueruela

Editado por: **ALBERDANIA, SL**

Istillaga, 2, bajo C - 20304 Irun

Tel.: 943 63 28 14

Fax: 943 63 80 55

alberdania@alberdania.net

www.alberdania.net

Portada: fotografía de Wences Sanz en Unsplash

ISBN: 978-84-9868-397-4

Depósito legal: ss. 1270/2017



EL CASO LEZURRIETA

JOSÉ LUIS VÉLAZ

ALBERDANIA

novela

Hay puñales en las sonrisas de los hombres; cuanto más cercanos son, más sangrientos.

WILLIAM SHAKESPEARE

Los temores, las sospechas, la frialdad, la reserva, el odio, la traición, se esconden frecuentemente bajo ese velo uniforme y pérfido de la cortesía.

JEAN JACQUES ROUSSEAU

Un gran cabo tiene su alma, con suaves y violentos colores y sombras. Un alma tan suave como la de un niño y tan violenta como la de un criminal. Y por eso se va allí.

BERNARD MOITESSIER

Los Angeles CA. USA. Marzo 2016.

CUANDO JAIME abrió los ojos el tiempo era gris, desapacible. Se oía el repicar de las gotas de la lluvia pegando en el cristal de la ventana del ático en el *Downtown* de Los Angeles, mezclado con la ronca y susurrante voz de Leonard Cohen cantando *Amen*, que llegaba desde la radio del equipo de música que acababa de encenderse a la hora programada. Lo reconoció enseguida. Sin embargo, no podía recordar ni comprender con claridad, quién era la joven de largos, lisos y brillantes cabellos rubios, que se hallaba totalmente desnuda, junto a él, inerte, aparentemente dormida. Fue entonces, justo con la embriagadora calidez que emanaba del lirismo de sentida melancolía del violín —en la última parte de la canción—, cuando un estruendo hizo saltar la puerta del apartamento por los aires, y al unísono se plantaban frente a él, gritando, rodeándolo y apuntándolo con sus armas, una decena de policías de asalto.

DESDE QUE SU PADRE, D. Juan de Lezurrieta, hubiera fallecido pocos meses antes, Jaime, codirigía un importante grupo empresarial siderometalúrgico, familiar, cuya sede central se hallaba en Bilbao, con delegaciones y fábricas por todo el mundo; en especial, por adquisiciones que a lo largo de los años, especialmente los últimos veinte, había ido realizando de empresas, no solo del sector, también de otros, con el fin de diversificar el riesgo. El grupo empresarial había llegado a contar con más de veinte mil empleados distribuidos por todos los continentes, a pesar de la crisis global y en especial del sector, que habían puesto a prueba la capacidad de gestión del fundador, teniendo que superar muchas dificultades.

El fallecimiento del padre, presidente del consejo de administración de la empresa matriz del grupo y líder indiscutible, había generado, además de lógicas incertidumbres, grandes tensiones entre los hijos y componentes de las distintas estirpes familiares y aunque aquel, se hubiera preocupado en dejar preparado antes de su muerte un protocolo para su sucesión empresarial, las relaciones se habían tensado de tal modo que a pesar de que Jaime había sido nombrado nuevo presidente, carecía del liderazgo necesario y, desde luego, no tenía un respaldo unánime; en ocasiones, ni mayoritario. Sus dos hermanos varones ostentaban sendas vicepresidencias y dentro del resto de componentes del consejo de administración: unos dominicales, procedentes de importantes empresas absorbidas y otros externos, profesionales de prestigio, las relaciones se hallaban muy divididas; si bien, el poder se concentraba, con una mayoría indiscutible y aplastante, en la titularidad de las

acciones, con derecho a voto, de la sociedad *holding* —que en un sistema piramidal, controlaba el inmenso grupo de sociedades—, de la viuda y los sucesores de D. Juan de Lezurrieta, quien, poco tiempo atrás, había precisamente paralizado, una inminente salida de una importante parte del capital a bolsa, tras una estudiada, y luego proyectada, entrada en el mercado continuo de cotización oficial de valores español.

Hasta la muerte de D. Juan, su liderazgo indiscutible, había mantenido la unión tanto de la familia como del consejo de administración en la sociedad matriz del grupo empresarial. Entonces, en el consejo, también estaba como secretario, no miembro del mismo, y letrado asesor, Alain Dufour, un abogado de la confianza del padre, autor del diseño de la estructura internacional del grupo de empresas y quien había intervenido prácticamente, hasta entonces, en todas las operaciones de adquisición del grupo. Un mes después del fallecimiento de D. Juan fue cesado y relevado por una abogada muy relacionada con las altas esferas del poder y esposa de un exministro, miembro del consejo de administración. Fue la moneda de cambio para relajar las tensiones en el seno del mismo, cediendo a la voluntad de los hermanos vicepresidentes que se impusieron. Sin embargo, Alain se había ido con un conocimiento exhaustivo del grupo empresarial y de todos los miembros del consejo.

LA ORDEN DE DETENCIÓN de la Interpol, del máximo nivel, venía por graves acusaciones de delitos continuados de blanqueo de capitales, apropiación indebida, alzamiento de bienes, admi-

nistración desleal y... asesinato. Así se lo enunció el sargento, William Pérez, adscrito al departamento de policía de Los Angeles, y luego le leyó sus derechos, la llamada *Advertencia Miranda*: «Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene derecho a hablar con un abogado. Si no puede pagar a un abogado, se le asignará uno de oficio. ¿Le han quedado claro los derechos previamente mencionados?».

Cuando Jaime de Lezurrieta fue llevado, detenido, a una comisaría en Los Angeles, contactó con los penalistas del gran bufete Johnson & Wruker, en España y en Estados Unidos, el despacho del que, suponía, seguía siendo socio Alain Dufour, y se acordó, y mucho, de este, aunque había pasado ya cierto tiempo de su separación y desde entonces no habían mantenido ninguna relación ni sabía nada de él. Alain, pensó, podría tener la clave de todo.

Al mismo tiempo, en un punto del Océano Indico.

ALAIN DUFOUR, no sin cierta preocupación, a pesar de tantas millas recorridas por mares y océanos, salió a echar un vistazo a la bañera de su barco, Thorkanber IV, un velero de fibra de cuarenta y cuatro pies con apenas dos años desde que fuera botado al agua por vez primera. La previsión meteorológica que acababa de recibir en su *Navtex* era verdaderamente preocupante. Fuera apenas había viento, una pequeña brisa de través lograba avanzar la embarcación a unos escasos tres nudos, aparejada en ese momento con una vela de proa, código cero, aparte de la mayor totalmente extendida. El cielo, prácticamente despejado, mantenía un cegador azul intenso a pesar de las gafas de sol protectoras; si bien, por el oeste, comenzaban a aparecer los primeros cirros. La temperatura había subido y estaba especialmente cargada. No veía nada más que agua en los trescientos sesenta grados que su vista, apoyada por unos prismáticos, podía alcanzar. Tampoco había señal de

embarcación alguna en la distancia que el AIS podía aportarle ni el radar daba, todavía, signo alguno de peligro al acecho. Las cartas electrónicas en el plóter exterior de su bañera le indicaban que se encontraba, en ese instante, en la posición 33°49'37.60"S, 110°05'25.15"E, en el océano Indico, a unas trescientas millas náuticas de Perth en Australia. Eran las ocho de la mañana, hora local, de un tranquilo día de marzo en el verano austral.

Volvió a entrar en la cabina. Rápidamente se conectó vía satélite a internet para ver las previsiones de distintos modelos meteorológicos especializados en navegación marítima; en los que más confiaba. La conclusión era la que se temía desde hacía unos cuantos días, se habían juntado sendos frentes fríos, uno que venía por el noroeste y otro por el suroeste, de modo que se acercaba una potente borrasca, cuyos vientos ciclónicos iban a ser muy fuertes —se preveía una fuerza diez en la escala de Beaufort— lo que provocaría vientos de más de cincuenta nudos y un mar muy duro con olas muy gruesas y crestas empenachadas. Tampoco sería la primera vez que pasaría un temporal semejante, pensó, y comenzó a prepararse. Desayunó tranquilamente, quizás más de lo normal, a pesar de que las provisiones empezaban a mermar después de mes y medio desde que había salido de Ciudad del Cabo, último puerto en el que había hecho aguada —a pesar del sistema desalinizador que portaba— y llenado las despensas para afrontar esta travesía a la parte occidental de Australia, al borde de los llamados cuarenta rugientes; y, previo permiso, de haber recalado y descansado unos días, al abrigo de las deshabitadas islas volcánicas australes francesas, Amsterdam —en la que se

había encontrado con un simpático grupo de científicos en la Base Martín de Viviers y donde había podido contemplar los maravillosos y raros albatros de la isla— y Saint Paul.

A continuación se dispuso, en el interior, a ordenar, estibar y asegurar todos los objetos que no estuvieran bien sujetos. Se preparó unos alimentos y alguna bebida caliente dispuesta en un termo y los dejó a su alcance junto con frutos secos, barritas de cereales y una manzana, de las tres que le quedaban como toda fruta —pues aguantaban muy bien—. Además, siempre llevaba también comida liofilizada, pero el sabor de la fruta fresca era un verdadero regalo en esas situaciones. Luego, ya en el exterior, cambió y preparó las velas, rizando la mayor y colocando un pequeño foque —*solent*—, en un estay interior, enrollando y luego arriando, el código cero que quitó del almacenador en el extremo del *delphinierie* o bauprés, y por último dejó preparado y reservado, en su sitio, por si acaso, para malos momentos, un tormentín. Revisó la línea de vida que bordeaba la embarcación y preparó el chaleco con el arnés y el *longe* con el que se podía enganchar a los puntos fijos de la cubierta, de la bañera o del puente, así como a la propia línea de vida, en los posibles, como necesarios y temibles, desplazamientos a proa. Revisó el piloto automático y comprobó que la balsa salvavidas, dentro de su *container*, se encontraba bien dispuesta por si, en un mal no deseado, tuviera que ser empleada. Igualmente comprobó el bidón estanco, donde introdujo documentos, una radiobaliza EPIRB y una radio VHF portátil. Además vio que dentro se encontraban también las bengalas así como todos los elementos requeridos para la seguridad. Lo dejó en un punto

de fácil accesibilidad y a mano por si fuera preciso. Por último, preparó su ropa de agua para recibir el temporal, unas botas de caña alta y por encima un pantalón de buzo y un chaquetón, todo ello transpirable e impermeable que le mantendría más o menos seco por dentro a pesar del agua que recibiría por la lluvia y por las propias olas que a buen seguro cubrirían, por momentos, el barco en su totalidad.

Volvió a mirar el horizonte. Nada. Todo seguía igual, en calma, salvo que cada vez eran más frecuentes las nubes y al fondo el cielo se juntaba con el mar en un amenazante color gris oscuro. La brisa también comenzaba a ser mayor, pero el calor aún se mantenía. Se subió, con gran esfuerzo, a través de la driza del *spinnaker* y con la guindola, a buena altura del mástil para divisar mejor. Había dejado de otear delfines, los cuales de todas las edades y tamaño le habían estado acompañando, saltando alegres, junto a la proa de su embarcación, durante más de una hora el día anterior. Tampoco veía volar ave alguna. Solamente había silencio. Mucho silencio, roto por el leve susurro del barco al abrir el surco entre la mar al avanzar. Entonces, desde ahí, se sintió solo, tremendamente solo, pero feliz, estaba haciendo lo que siempre había deseado, libre en medio de la naturaleza, la cual aunque en muchas ocasiones se mostrara tan hostil, en especial en esas condiciones, que ya otras veces había logrado superar, se encontraba mejor que ante situaciones que había vivido de maldad provocada por el ser humano.

En las últimas tres horas el barómetro indicaba que la presión atmosférica había descendido más de nueve hectopascuales,

la depresión anunciada era de 985 hPa, pero por lo que estaba viendo parecía que iba a caer aún más. Estaba claro que algo muy fuerte se aproximaba. De pronto, súbitamente, el cielo se encapotó, al tiempo que las ráfagas alcanzaban los veinte nudos y poco después los treinta y cinco y con el viento llegaron las olas cada vez mayores, las cuales comenzaban a golpear con dureza la embarcación. En poco tiempo el escenario se convirtió en dantesco, los rayos caían por todas partes iluminando el grotesco cielo que había oscurecido, mientras diluviaba. Alain se enganchó con el arnés, quitó el piloto automático y sujetó la rueda de estribor. En ese momento se alegró por haber tenido la precaución de haberse adelantado en el cambio del velamen. El viento, al ser portante, era favorable, facilitando además las cosas al reducir el aparente, y si todo seguía así, alcanzaría velocidades muy rápidas hacia su destino en la costa australiana; sin embargo, pronto comenzó a dar coletazos, modificando su ángulo, lo que complicaba su gobierno y en ocasiones provocaba repentinas trasluchadas haciendo pasar de banda, de forma tan brutal como peligrosa e inesperada, la botavara, como si de una segadora, sin control, se tratara. De repente, una gran ola se metió bajo la aleta del costado de estribor, levantando la popa y Alain perdió el dominio del timón quedándose el barco atravesado y tumbado de manera muy violenta durante un rato que pareció interminable hasta que se volvió a adrizar. Las olas lo levantaban varios metros y al descender superaba los veinte nudos de GPS, sobre el fondo —y los veinticinco de corredera, por las corrientes y el efecto de las propias olas—, devorando millas a favor del rumbo deseado. Alain puso de

nuevo el piloto, recortó mayor y enganchado a la línea de vida y casi arrastrándose por la cubierta, mientras las olas lo pasaban por encima con toda su potencia, logró llegar hasta proa para atangonar el foque. La maniobra le costó más de treinta minutos y cuando volvió a la bañera el viento roló, de modo que tuvo otra vez que volver a proa, quitar el tangón, colocarlo en su sitio, cuando otra gran ola volvió a atravesar el barco; se sujetó como pudo a los candeleros, y vio que salía sangre entre el guante de neopreno de dedos recortados. Cuando se adrizó nuevamente decidió poner el tormentín, pues el viento seguía subiendo y las olas estaban alcanzando cada vez mayores alturas, recogiendo con el enrollador desde el *winche* del costado de babor el foque en torno al estay interior de proa. Y el viento superaba los cincuenta nudos cuando una monstruosa ola barrió todo a su paso. La cresta rompió y con un crujido enorme lanzó el barco por el aire, dando la vuelta —pasando por ojo— quedando invertido, con Alain debajo del agua, y a continuación otra ola lo enderezó, yendo a caer nuevamente sobre el suelo de la bañera empujado por el cabo de unión del arnés. Había entrado mucha agua en la cabina, los cabos, drizas y escotas se arrastraban por el mar, fue a por ellos, no quería que se enrollaran con la hélice, la pala del timón o la quilla. Pero era difícil. Ahora solo con el tormentín el barco seguía yendo a gran velocidad, lo que era bueno; el *Thorkanber IV*, planeaba debidamente, sin embargo temía que al descender de las montañosas olas, a esa velocidad endiablada, se incrustara con el filo de la proa en el seno producido por la anterior, por lo que intentaba virar en la caída. Aun así, las olas golpeaban

el velero, pasando continuamente por encima, con inusitada violencia, como si fuera un submarino, y a Alain le costaba respirar, coger aire, aun cargado de partículas de agua salada, pues la sucesión de olas era constante; solo al estar arriba, en la cresta, aspiraba con fuerza. El estruendo del golpe al caer desde lo alto de la ola, como de una enorme montaña rusa, se mezclaba con el terrible y ruidoso rugir del viento y los truenos. Resultaba terrorífico. El barco estaba sufriendo una verdadera paliza con grandes bandazos y pantocazos, en cada cual, en el interior, salían los elementos disparados como flechas. En una de esas Alain cayó de mala manera incrustándose en la espalda el canto del cofre trasero, recipiente de las botellas de gas. Quedó un momento tendido, sin respiración, soportando un intenso dolor. Entonces, por el altavoz exterior de la radio, casi inaudible, le pareció escuchar una voz angustiada que repetía «*mayday, mayday, mayday*», procedente de alguna embarcación que no podía ver. Aún estaba así, cuando desde el suelo vio cómo una ola de la altura de un edificio de cinco plantas empezaba a romper a unos doce metros por encima de él. La cresta blanca se mezclaba con la espuma del mar que flotaba en el aire dando un color lechoso al mismo, abalanzándose sobre las diez toneladas del Thorkanber IV, con un estruendo extraordinario, lanzándolo y moviéndolo como si estuviera dentro del tambor de una lavadora gigante, adrizándose y emergiendo milagrosamente, casi instantáneamente, al tiempo de ser iluminado con el destello del relámpago que cayó a cien metros de su costado y el zambombazo del trueno que hizo crujir la cubierta del velero. En eso, el mástil cayó roto por su

mitad, lo que era un peligro, ya que quedó colgando con mucha probabilidad de dañar la estructura de la embarcación. Alain tuvo que soltarse, entró en la cabina, era tanto el dolor que ya no lo sentía, todo era un caos, encontró la cizalla especial para cortar los obenques, se volvió a enganchar y se abalanzó para cortar el herraje desprendido. Entonces notó que la extensión de la pala del timón fallaba. Volvió a la cabina, levantó la tapita del botón rojo de emergencia, DSC, de la radio, para emitir una llamada de socorro, y antes de que con el dedo índice pudiera pulsarlo, salió lanzado como una mera pelota hacia la cocina con un terrible golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido, el barco dio nuevamente la vuelta completa y Alain se quedó tumbado, inconsciente o quizá muerto, en el suelo, con el agua que había entrado por el borde de la puerta acristalada de la escalera de descenso cubriéndolo casi en su totalidad.